

— Un hombre como vos no necesita carta para eso; se presenta solo.

— No, porque me conviene ser presentado por vos.

— ¿Y qué gracia es la que quereis alcanzar de S. M. ?

— La de médico de cámara.

— ¡Oh! nada mejor... ¿pero y la reina?

— Estando yo al lado del rey, nada me importa.

— ¿Y si os persigue?

— En ese caso haré al rey que tome una medida conveniente.

— ¡Una medida el rey! no lo conseguireis.

— El que dirige el cuerpo de un hombre, es menester que sea muy simple para no llegar en poco tiempo, si quiere, á dirigir tambien su espíritu.

— ¿Pero no conoceis que es un mal precedente para se. médico de cámara haber estado preso en la Bastilla?

— Al contrario, no puede ser mejor. El rey alcanzará mucha popularidad si toma por médico á un discípulo de Rousseau, á un partidario de las nuevas doctrinas, á un preso que acaba de salir de la Bastilla.

— Teneis razon; ¿pero puedo contar siempre con vos?...

— Seguramente, con tal que sigais siempre la linea de conducta que nos señalaremos.

— ¿...? ¿é es lo que prometeis hacer por mí?

— Avisaros de antemano el momento preciso de vuestra caída.

Necker miró un instante á Gilberto, y despues le dijo con voz sombría:

— Es verdad; ese es el mayor servicio que puede hacer á un ministro un amigo suyo.

Y se sentó delante de su mesa para escribir al rey.

Entre tanto Gilberto, volvió á leer la carta, y decia para sí.

— ¡La condesa de Charny!... ¡quién podrá ser esta muger!

— Ahí teneis, señor Gilberto, dijo Necker poco despues, entregándole la carta que acababa de escribir.

Gilberto tomó la carta y la leyó.

Estaba concebida en estos términos:

« Vuestra Magestad tendrá necesidad de un hombre de confianza con quien poder consultar sus asuntos. Mi último servicio, al separarme del lado de V. M., es presentarle al doctor Gilberto. Dije lo bastante á V. M. con solo recordarle que el doctor Gilberto es uno de los médicos mas distinguidos del mundo, y añadirle que es el autór de las Memorias administrativas y políticas que tan profunda impresion han causado á V. M.

« A L. R. P. de V. M.

« *Baron de NECKER.* »

El baron no puso fecha á la carta, y se la dió al doctor Gilberto, cerrada y sellada.

— ¿Y ahora, añadió, sigo estando en Bruselas, no es verdad?

— Sí, y con mas motivo que antes. Mañana temprano, recibireis noticias mias.

El baron tocó el resorte de la puerta secreta, y volvió á aparecer madama de Stael; ademas del ramo de naranjo, tenia ahora en la mano el folleto del doctor Gilberto.

Le enseñó el titulo al doctor con una especie de coquetería.

Gilberto se despidió de Mr. de Necker y besó la mano de la baronesa que le acompañó hasta la puerta del gabinete.

Y volvió á entrar en el carruage en que Pitou y Billot estaban durmiendo, tendidos en sus asientos, y el cochero tendido en su pescante, y los caballos apoyados en sus cansadas piernas.

CAPITULO XXII

El rey Luis XVI.

La entrevista de Gilberto con mad. de Stael y Mr. de Necker, duró como hora y media. Gilberto entró en París

á las nueve y cuarto, tomó un carruaje de postas, y mientras Billot y Pitou iban á descansar á una posada de la calle de Thiroux, donde solia parar Billot cuando venia á París, partió él hácia Versalles.

Ya era tarde, pero no le importaba á Gilberto Para hombres como él, la actividad es una cosa precisa. Acaso su viage sería ya inútil; pero queria mas bien viajar inútilmente, que permanecer en un punto sin hacer nada. Para las organizaciones nerviosas, la incertidumbre es un tormento mayor que la mas espantosa realidad.

A las diez y media llegó á Versalles. En tiempos normales todos sus habitantes hubieran ya estado dormidos en el mas profundo silencio. Pero aquella noche nadie dormia en Versalles. Se acababa de recibir la nueva de la situacion en que se encontraba París.

Los guardias franceses, los guardias de corps y los soldados suizos, formando corrillos en todas las bocacalles hablaban unos con otros de los recursos con que contaba el realismo para vencer á los revoltosos.

Porque en todos tiempos, Versalles ha sido una poblacion compuesta de realistas. La religion de la monarquía, por no decir del monarca, está allí arraigada en todos los corazones, como una de las cualidades del terreno.

Los habitantes de Versalles, acostumbrados á vivir al lado de los reyes y á la sombra de sus grandezas, respirando siempre el perfume embriagador de las flores de lis, viendo brillar el oro de los trages y la sonrisa de los augustos personajes, se creen tambien un tanto reyes á sí mismos; y aun hoy, que entre los mármoles brota ya el musgo y entre las piedras crece la yerba, hoy que el oro se ha desgastado ya en los techos artesonados, y la sombra de los jardines es mas triste y solitaria que la de los cementerios, Versalles no desmiente su origen, y debe mirarse como un fragmento de la derruida monarquía; y aunque no puede ya tener el orgullo del poder y de la riqueza, conserva, al menos, la poesía de los recuerdos y el soberano hechizo de la melancolía.

En la noche del 14 al 15 de julio de 1789, todo Ver-

salles, como lo hemos indicado, se agitaba confusamente por averiguar cómo tomaria el rey de Francia aquel insulto dirigido á su corona, aquella gran brecha abierta á su poder.

Mirabeau, con su respuesta á Mr. de Dreux Brezé, habia herido á la monarquía en el rostro: y el pueblo, con la toma de la Bastilla, acababa de herirla en el corazon.

No obstante, para los hombres de estrechas miras, la cuestion era muy fácil de resolver. Para los militares especialmente, que no suelen ver en los grandes acontecimientos políticos sino el triunfo ó la derrota de la fuerza bruta, todo consistia en marchar inmediatamente sobre París. Treinta mil hombres y veinte piezas de artillería, pondrian á raya fácilmente el orgullo y la furia vencedora de los parisienses.

Jamás la monarquía tuvo mas consejeros; todos daban su parecer públicamente y en alta voz.

Decian los mas moderados:

— Eso es cosa muy sencilla...

Y nótese que esta forma de language se usa siempre entre nosotros, aplicada á las situaciones difíciles.

Eso es cosa muy sencilla. Empiécese por obtener de la Asamblea nacional un voto que no podrá menos de dar. Su actitud, de algun tiempo á esta parte, es pacífica para todo el mundo: ni quiere que haya violencia de parte del pueblo, ni abusos del poder.

La Asamblea declarará expresamente que la insurreccion es un crimen, porque ciudadanos que tienen representantes para que espongan al rey sus necesidades, y rey que les haga justicia, hacen mal en recurrir á las armas y derramar sangre.

Con esta declaracion que se obtendrá seguramente de la Asamblea, el rey se verá obligado á castigar á París como buen padre, es decir, severamente.

Y entónces se aleja la tempestad y vuelve á aparecer la monarquía, ejerciendo uno de sus primeros derechos. El pueblo ejercerá tambien su deber, que es la obediencia, y todo vuelve á calmarse y á marchar de la manera acostumbrada.

Así, poco mas ó menos, se arreglaban los negocios del Estado en palacio y en medio de las calles.

Pero la gente que habia en la plaza de Armas, era de distinta opinion y usaba otro lenguaje.

Allí se veían hombres desconocidos, de rostro inteligente y de mirada inquieta, sembrando acá y allá palabras misteriosas, exagerando las noticias, ya graves de suyo, y propagando casi públicamente las ideas sediciosas que hacia dos meses agitaban á París, y habian ya sublevado á los arrabales.

Alrededor de estos hombres se formaban grupos hostiles, sombríos, amenazadores; compuestos de personas vestidas de harapos, á quienes se recordaba su miseria, sus sufrimientos, y se inspiraba el desprecio á la monarquía.

— Hace mas de ocho siglos que el pueblo lucha por sus derechos, les decían: ¿y qué ha logrado? Nada. Ni derechos sociales, ni derechos políticos. La monarquía, acosada por la necesidad, ha cedido hasta cierto punto, y ha convocado los estados generales; pero hoy que los estados generales están ya reunidos, ¿que es lo que hace la monarquía? Desde el día de su convocacion está reñida con ellos. Si se ha reunido la Asamblea nacional, ha sido contra la voluntad de la monarquía. ¡Pues bien! Puesto que nuestros hermanos de París acaban de darnos tan terrible leccion, llamemos en nuestra ayuda á la Asamblea nacional. Cada paso que dá en el terreno político en que se está debatiendo la lucha, será una victoria para nosotros, será el logro de nuestros deseos, el aumento de nuestra fortuna, la consagracion de nuestros derechos. ¡Ea, ciudadanos! ¡La Bastilla no es mas que la trinchera de la tiranía! La Bastilla está ya tomada: ahora es menester tomar la plaza.

En otros muchos sitios se formaban otras reuniones y se pronunciaban otros discursos. Los oradores eran evidentemente personas que pertenecian á una clase mas alta, y que á pesar de haberse disfrazado como hombres del pueblo, daban á entender que no lo eran, con sus blancas manos y su acento distinguido.

— Pueblo, decían estos hombres, de dos maneras te quieren engañar: los unos te dicen que vuelvas hácia atrás, y los otros que marches hácia adelante. Se te habla de derechos políticos y de derechos sociales: ¿eres acaso mas feliz desde que se te ha permitido votar por medio de los delegados? ¿Eres mas rico desde que tienes tus representantes? ¿Pasas menos hambre desde que la Asamblea nacional publica decretos? ¡No, no! Deja la política y sus teorías para los que saben leer. Tú no necesitas frases ni máximas.

¡Pan, pan! En eso consiste el bienestar de vuestros hijos y la tranquilidad de vuestras mugeres. ¿Y quién podrá darte pan? Un rey que sea firme de carácter, jóven de espíritu y generoso de corazón. Y ese rey no es seguramente Luis XVI, que reina supeditado por una muger, por esa austriaca que tiene el corazón duro como el mármol. Ese rey es... buscadle al lado del trono, y allí hallareis un rey que puede hacer feliz á la Francia, y de quien abomina la reina porque hace sombra á su ambicion, y porque ama á los franceses y es querido del pueblo.

De este modo se manifestaba la opinion en Versalles; de este modo se preparaba por todas partes la guerra civil.

Gilberto oyó todo lo que se decia en los corrillos; y despues de haberse enterado de las diversas opiniones que corrian entre el pueblo, se dirigió hácia palacio, que estaba cercado de multitud de centinelas. ¿A qué enemigo temian?... Se ignora.

Sin que los centinelas le impidieran el paso, atrevesó Gilberto las primeras galerías, y llegó hasta el vestibulo sin que nadie le preguntase á dónde iba.

Cuando llegó al salon del *Ojo de Buey*, no le dejó pasar un guardia de corps. Gilberto sacó entónces de su bolsillo la carta de Mr. de Necker y le enseñó la firma. La consigna era rigurosa, y como las consignas mas rigurosas son las que mas necesidad tienen de ser interpretadas. dijo á Gilberto el guardia de corps:

— Señor, tengo órden de no dejar entrar á nadie, pero como no estaba previsto el caso de que llegara una persona enviada por Mr. de Necker, y vos, segun todas las

probabilidades, debeis traer alguna noticia importante para S. M., quedo responsable de la infraccion.

Gilberto entró.

El rey no estaba en sus habitaciones, sino en el salon del Consejo; habia salido á recibir una diputacion de la guardia nacional que venia á pedirle mandase tropas á París y diese permiso ademas para formar una milicia urbana, y á decirle tambien que era allí necesaria su presencia.

El rey escuchó esto con frialdad, y respondió que era preciso antes enterarse bien de lo que pasaba, y que ademas tenia que deliberar lo que debia hacerse en el consejo.

Así deliberaba él.

Entretanto se tomaba la consulta, los diputados aguardaban en la galería, y detrás de los cristales de las puertas, estaban viendo las sombras gigantescas de los consejeros reales, y las actitudes amenazadoras de sus movimientos.

Observando bien esta especie de fantasmagoria, se podía adivinar si su respuesta iba á ser buena ó mala.

El rey respondió únicamente que nombraría los gefes de la milicia urbana, y que mandaría retirar las tropas del Campo de Marte.

En cuanto á la necesidad de su presencia en París, dijo que no queria dispensar ese favor á la ciudad rebelde, si no se sometía completamente y se entregaba á discrecion.

Y satisfecho el monarca de este triunfo momentáneo, que era la manifestacion de un poder que ya no existía, volvió á su habitacion.

Allí encontró á Gilberto que estaba hablando con el gentil-hombre.

— ¿Qué quiere? preguntó el rey.

El gentil-hombre se acercó, y mientras se disculpaba de haber faltado á su deber, Gilberto, que hacia muchos años que no habia visto al rey, examinaba silenciosamente la fisonomía de aquel hombre, que Dios habia dado por piloto, á la Francia en medio de la mayor tempestad que ha sufrido nacion alguna en el mundo.

Aquel cuerpo bajo y grueso, sin movimiento ni magez-

tad, aquel rostro de facciones carnosas y sin expresion, aquella tez pálida casi siempre, como de una vejez anticipada, aquella lucha desigual de una materia poderosa contra un espíritu endeble, todo esto, para el fisonomista que habia estudiado con Lavater, para el magnetizador que habia leído en el porvenir en compañía de Bálamo, para el filósofo que habia soñado al lado de Juan Jacobo Rousseau, para el viagero, en fin, que habia examinado todas las razas humanas, significaba degeneracion, decaimiento, impotencia, ruina.

Gilberto tuvo lástima, no de respeto, sino de dolor, al contemplar aquel triste espectáculo.

El rey se acercó hácia él.

— ¿Sois vos, le dijo, quien me trae una carta de Mr. de Necker?

— Sí señor.

— ¡Ah! exclamó, como si lo pusiera en duda: dádme la pronto.

Y pronunció estas palabras con el mismo tono de voz con que un hombre que se está ahogando grita: « ¡Un cable!... ¡Un cable!... »

Gilberto presentó la carta al rey, que se apoderó al instante de ella, y la leyó precipitadamente: en seguida, haciendo un gesto imperativo, no desprovisto de cierta especie de nobleza:

— Dejadnos solos, señor de Varicourt, dijo al gentil-hombre.

Y Gilberto se quedó solo con el rey de Francia.

La habitacion estaba alumbrada unicamente por una sola lámpara: no parecia sino que el rey habia templado su luz para que no pudiesen leer sobre su frente los pensamientos que le oprimian.

— ¿Es cierto, preguntó fijando en el rostro de Gilberto una mirada mas observadora de lo que éste se habia figurado, es cierto que vos sois el autor de las Memorias que tanta impresion me han hecho?

— Sí, señor.

— ¿Qué edad teneis?

— Treinta y dos años, señor; pero el estudio y las desgracias duplican la edad. Tratadme como si fuera ya anciano.

— ¿Y por qué habeis tardado tanto tiempo en presentarnos á mi?

— Porque no tenia necesidad de decir verbalmente á S. M. lo que ya he dicho por escrito.

Luis XVI se quedó pensativo.

— ¿No teneis ninguna otra razon mas que esa? dijo con cierta suspicacia.

— No, señor.

— Pero con todo, ó yo me engaño, ó debiera haber llegado á vuestra noticia mi benevolencia respecto á vos.

— V. M. habla indudablemente de la cita que yo tuve la temeridad de dar al rey, cuando al mandarle mi primera Memoria, hace cinco años, le rogaba que pusiese una luz detrás de los cristales del balcon, á las ocho de la noche, para darme á entender que habia leído mi obra.

— Y... dijo el rey con satisfaccion.

— Y el mismo dia y á la misma hora apareció la luz, en efecto, en el mismo sitio en que yo habia pedido que se colocase.

— Y despues...

— Despues ví que bajaron y subieron la luz hasta tres veces.

— Y despues...

— Despues leí estas palabras en la *Gaceta* « Aquel á quien llamó la luz tres veces, puede presentarse á ver al que levantó tres veces la luz, y será recompensado. »

— En efecto, dijo el rey; esas son las mismas palabras que se pusieron.

— Aquí están, dijo Gilberto sacando de su bolsillo la *Gaceta*.

— Bien, muy bien, dijo el rey: mucho tiempo me habeis hecho aguardar, y venis cuando ya no os aguardaba. Sed bien venido, porque llegais como los soldados en el momento de la lucha.

Y despues, mirando con mayor intencion á Gilberto :

— ¿Sabeis, señor, le dijo, que para un rey no hay cosa mas extraordinaria, que la ausencia de un hombre á quien se dice : *Venid á recibir una recompensa*, y no viene?

Gilberto se sonrió.

— Veamos, preguntó Luis XVI; ¿por qué no habeis venido?

— Porque no merecia recompensa ninguna, señor.

— ¿Por qué no?

— Francés y amante de mi patria, celoso de su prosperidad, confundiendo mi individualidad con la de treinta millones de hombres conciudadanos míos, trabajando para ellos, trabajaba igualmente para mí. No merece recompensa, señor, el ser egoista.

— Debeis tener alguna razon... añadió el rey.

Gilberto no respondió nada.

— Hablad, señor, deseo saberlo.

— Quizá lo hayais ya adivinado, señor.

— ¿Sí?... dijo el rey con inquietud. Quizá os haya parecido muy grave la situacion, y os hayais querido reservar para otra.

— Para otra mas grave; sí, sí, señor; ha adivinado V. M.

— Soy amigo de la franqueza, dijo el rey sin poder disimular su turbacion, porque era de una naturaleza muy tímida y se sonrojaba con mucha facilidad.

— Pero habeis predicho al rey la ruina, añadió Luis XVI, y temeriais sin duda colocaros junto á los escombros.

— No, señor, sino que en el momento en que la ruina es ya inminente, vengo á colocarme al lado del peligro.

— Sí, sí, acabais de dejar á Necker y hablais del mismo modo que él. ¡Peligro! ¡Peligro! ¿Hay algun peligro ahora en acercarse á mi?... ¿Y donde está Necker?

— Pronto á ponerse, segun creo, á las órdenes de V. M.

— Bueno; le necesito, dijo el rey dando un suspiro. En politica es preciso no ser terco. Cuando se cree obrar bien, se obra mal; y aunque se obre bien, los caprichosos acontecimientos desbaratan los mejores resultados.

El rey volvió á dar otro suspiro, y Gilberto vino á su socorro, diciendo :

— Señor, V. M. discurre admirablemente; pero lo que conviene hacer ahora, es pensar mas en el porvenir de lo que se ha hecho hasta aquí.

El rey alzó la cabeza, y sus cejas sin expresion se fruncieron lijeramente.

— Perdonadme, señor, dijo Gilberto, soy médico. Cuando la enfermedad es inminente, yo soy demasiado activo.

— ¿Qué?... ¿dais tanta importancia á esta terquedad de hoy?

— No es una terquedad, señor; es una revolucion.

— ¿Quereis acaso que yo transija con rebeldes y asesinos? Porque en fin, ellos han tomado la Bastilla á viva fuerza, y esto es un acto de rebelion, y han asesinado á Mr. de Launay, á Mr. de Losme y á Mr. de Flesselles, y esto son tres asesinatos.

— Señor, los que han tomado la Bastilla son héroes, los que han muerto á Mr. de Flesselles, Mr. de Losme y Mr. de Launay son verdaderos asesinos. Es menester diferenciar á unos de otros.

El rey se sonrojó al oir esto: sus labios se contrajeron, y algunas gotas de sudor resbalaron por su frente.

— Teneis razon, dijo. Sois médico, en verdad, ó cirujano mas bien, porque sabeis cortar por lo sano. Pero... os llamais el doctor Gilberto ¿no es verdad? Al menos, con ese nombre venian firmadas vuestras Memorias.

— Señor, es mucho honor para mí que V. M. tenga tan buena memoria, aunque esto no debia agradarme mucho en verdad.

— ¿Por qué?

— Porque mi nombre ha debido ser pronunciado sin duda delante de V. M. hace pocos dias.

— No comprendo...

— Seis dias hace, fui preso y llevado á la Bastilla... He oido decir que no se efectúa ninguna prision de importancia sin que el rey lo sepa...

— ¡Preso en la Bastilla!... exclamó el rey lleno de extrañeza.

— Aquí está mi nombre en este registro, señor. Preso, como tengo el honor de haber dicho á S. M., hace seis dias, por orden del rey, y libertado hoy á las tres por el perdón del pueblo.

— ¿Hoy?...

— Sí, señor; ¿V. M. no ha oido los cañonazos?

— Sí.

— Pues los cañones me han abierto las puertas de mi prision.

— ¡Ah! exclamó el rey; ¡estaria muy contento, si los cañonazos de esta mañana no hubieran sido disparados contra la monarquía al mismo tiempo que contra la Bastilla!

— ¡Oh! señor, no hagais á una prision símbolo de un principio. Decid por el contrario, que os alegrais de que la Bastilla haya sido tomada por el pueblo, porque no se cometerán mas, en nombre del rey que lo ignora, injusticias semejantes á la de que yo he sido victima.

— Pero vuestra prision habrá sido por alguna causa.

— Ninguna, que yo sepa, señor; al volver á Francia he sido preso, y me han metido en la Bastilla sin mas declaraciones.

— En verdad, dijo Luis XVI con dulzura, sois algo egoista en venirme á hablar de vuestra persona, cuando tengo necesidad de que se hable de la mia.

— Necesito que V. M. me diga una cosa.

— ¿Cual?

— ¿V. M. ha sabido algo relativo á mi prision? ¿Sí ó no?

— Yo ignoraba hasta ahora que hubieseis vuelto á Francia.

— Me alegró mucho de que me responda eso V. M.; así podré decir en alta voz, que V. M. no obra mal sino cuando le engañan ó abusan de su nombre, como ha sucedido conmigo.

El rey se sonrió.

— Señor médico, dijo, estais poniendo el bálsamo en la herida.

— ¡Oh, señor! yo verteré el bálsamo á manos lle-

nas, y si quereis os curaré esa llaga : respondo de ello.

— Asi lo deseo.

— Pero es menester que lo queráis firmemente, señor.

— Lo quiero firmemente.

— Antes de comprometeros mas, señor, dijo Gilberto, tened la bondad de leer estos renglones escritos al margen del registro de la Bastilla en que está el asiento de mi prision.

— ¿ Qué? preguntó el rey con inquietud.

— Leed.

Gilberto presentó la hoja al rey.

El rey leyó estas palabras :

« De la servidumbre de la reina. »

Y frunció las cejas.

— ¡ De la reina! ¿ habeis caido en desgracia de la reina?

— Estoy seguro, señor, de que S. M. me conoce menos de lo que me conoce V. M.

— Pero algo habreis hecho..., porque en la Bastilla no se mete á nadie sin hacer nada.

— Yo creo que sí, porque á mí me han llevado allá.

— Pero Mr. de Necker os envia á mí, estando firmada por él la orden de prision.

— Así es.

— Entónces... explicáos, señor. Repasad bien vuestra vida y ved si os acordais de alguna circunstancia que se os haya olvidado.

— ¡ Mi vida! sí, señor; lo haré y francamente; no tengais cuidado, seré breve. Desde la edad de seis años he trabajado sin descanso. Educado por Juan Jacobo Rousseau, compañero de Bálamo, amigo de Lafayette y de Washington, jamás he tenido que inculparme falta alguna desde que salí de Francia. Cuando despues de aprender la ciencia, he podido ya curar á los enfermos y á los heridos, siempre he pensado que debia dar cuenta á Dios de cada una de mis ideas y acciones, puesto que Dios habia puesto á mi cargo la salud de los hombres; como cirujano he vertido la sangre por humanidad, dispuesto á dar la mia por la salvacion de mis enfermos; y como médico los consolaba

siempre y los salvaba muchas veces. Quince años he pasado así ejerciendo mi profesion. Dios ha bendecido mis esfuerzos, y he visto volver á la vida á muchos moribundos que me besaban la mano de gratitud. Otros han muerto, porque Dios lo ha dispuesto así. Ya os lo he dicho, señor; desde el dia en que salí de Francia, hace quince años, no he cometido falta alguna de que poder creerme culpado.

— Pero en América os habeis reunido con los innovadores, y con vuestros escritos habeis propagado sus doctrinas.

— Sí, señor; me olvidaba de ese título á la recompensa de los reyes y de los hombres.

El rey guardó silencio.

— Señor, prosiguió Gilberto; mi vida ya os es conocida; á nadie he ofendido, y vengo á preguntar á V. M. por qué me han castigado.

— Se lo preguntaré á la reina, señor Gilberto; ¿ pero creeis que la orden de prision venga directamente de la reina?

— No digo eso, señor; creo que la reina no habrá hecho otra cosa que firmar.

— ¡ Ah! decís muy bien, dijo Luis XVI con alegría.

— Sí; pero no ignorais, señor, que cuando una reina firma una cosa, la manda.

— Quiero ver la orden, dijo el rey.

Gilberto le presentó la hoja del registro.

— ¡ La condesa de Charny! exclamó el rey; ¿ es ella la que ha pedido vuestra prision?... ¿ Pero qué habeis hecho á esa pobre condesa de Charny?

— No conocia á esa señora, ni de nombre, hasta esta mañana.

— ¡ Charny! ¡ Charny! ¡ la dulzura misma, la virtud, la castidad personificada!

— Pues ya veis, señor dijo Gilberto riéndose, que he sido preso en la Bastilla á petición de tres virtudes teologales.

— ¡ Oh! yo lo averiguaré, dijo el rey.

Y tiró del cordon de una campanilla.

Al instante entró un ugiar.

— Que vean si la condesa de Charny está con la reina, preguntó Luis XVI.

— Señor, respondió el ugiere; la señora condesa acaba ahora mismo de cruzar por la galería, y va á subir al coche.

— Pues anda corriendo, dijo el rey, y dile que yo la llamo para un asunto de importancia.

Y volviéndose hácia Gilberto.

— ¿Es esto lo que deseais? le dijo

— Sí, señor, respondió Gilberto; y doy mil gracias por ello á V. M.

CAPITULO XXIII

La condesa de Charny.

Gilberto, cuando oyó que el rey mandó venir á la señora de Charny, se retiró á uno de los balcones del salon.

El rey empezó á pasearse de un lado á otro, preocupado, no ya con los acontecimientos políticos, sino con la insistencia del doctor Gilberto, que ejercía sobre él una influencia estraña, cuando no debia ahora acordarse mas que de las nuevas que se habian recibido de París.

De repente se abrió la puerta del gabinete; el ugiere anunció la venida de la señora condesa de Charny, y Gilberto desde detrás de las cortinas del balcon, pudo distinguir una muger, cuyo vestido de seda pasó rozando por el escalon de la puerta.

Venia vestida al uso de la época, con un traje de seda azul con rayas de color, y un chal, que cruzándose por delante, iba atado por detrás de la cintura, realzando así extraordinariamente las gracias de su abultado y bien formado pecho.

Un sombrerillo puesto con coquetería sobre un alto peinado; elegantes chinelas, cuya elegancia hacian mas resaltar dos brillantes hebillas, y un bastoncito de Indias que se veía entre los dedos de una mano pequeña, delgada y larga, eminentemente aristocrática, completaban el traje de la persona que con tanta impaciencia aguardaba Gilberto, y que acababa de entrar en el gabinete del rey Luis XVI.

El rey dió un paso hácia ella.

— Me han dicho que ibais á salir, condesa.

— Sí, señor, le contestó la condesa. Iba ya á subir al coche, cuando me dijeron que me llamaba V. M.

Al oír su voz, sintió Gilberto en los oídos un ruido terrible. La sangre se agolpó á sus mejillas, y un estremecimiento febril corrió por todo su cuerpo.

Dió un paso involuntariamente fuera de las cortinas en que se habia ocultado.

— ¡Ella!... murmuró sin saber lo que le pasaba... ¡Ella!... ¡Andrea!...

— Señora, prosiguió el rey, que ni mas ni menos que la condesa de Charny, no habia observado la emocion de Gilberto oculto en la oscuridad; os ruego que tomeis asiento, porque teneis que responderme á una pregunta.

— Estoy pronta á satisfacer á V. M.

El rey dirigió una mirada á Gilberto como para darle á entender que permaneciese quieto.

Gilberto, comprendiendo que no era tiempo aun de presentarse, volvió á ponerse detrás de las cortinas.

— Segun tengo entendido, señora, dijo, el rey, hace unos ocho dias se mandó una orden de prision para que la firmara, á Mr. de Necker...

Gilberto, por la abertura casi imperceptible de las cortinas, fijó su mirada en Andrea. La jóven estaba pálida, inquieta y como encorvada bajo el peso de una fascinacion de que ni ella misma se daba cuenta.

— Ya sabeis de qué hablo; ¿no es verdad, condesa? pregunto Luis XVI, viendo que la señora de Charny vacilaba en dar respuesta.

— Sí, señor.

— Pues si sabeis lo que quiero decir, podeis responder á mi pregunta.

— Estoy haciendo memoria, dijo Andrea.

— Permitidme que os ayude á hacer memoria, señora condesa. La orden de prision fué á peticion vuestra y recomendada por la reina.

En vez de responder, la condesa permanecia sumida en